

28 de mayo de 1790. Lima y sus alrededores eran el lugar previamente acordado como escala importante, después de Montevideo, para el acopio de víveres y materiales, la revisión prolija de las naves y ordenación y coordinación de los estudios realizados en el trayecto anterior. El sitio adecuado para establecer un laboratorio y oficina de trabajo en tierra fue escogido en La Magdalena, en la casa de recreo de los sacerdotes de la Buena Muerte, donde se habían alojado en la década anterior los botánicos Hipólito Ruiz y José Pavón y también, cuarenta años antes, los viajeros Antonio de Ulloa y Jorge Juan. El lugar lo describe Malaspina con estas palabras:

el virrey interpuso su influjo con los religiosos de la Buena Muerte, para que nos dejasen establecer el real en su casa del pueblo de La Magdalena, un pueblecito de indios, como muchos que amenizan el hermoso valle del Rímac, distante de Lima sólo dos millas marinas; la amenidad de su suelo, la salubridad de su clima y aguas, lo hacen concurrido de muchos enfermos y convalecientes...<sup>2</sup>.

Además, la oficialidad y los altos jefes se instalaron en los alrededores del mismo pueblo, en la «hermosa casa de campo del Conde de San Carlos», quien puso a disposición sendas cabalgaduras para su fácil traslado a Lima o al Callao. Se dictaron desde allí las medidas de disciplina naval conducentes a preservar a las tripulaciones de la deserción y el desorden.

No obstante las previsiones adoptadas, no se pudo evitar que gran número de tripulantes desertasen abandonando sus naves en el Callao, como había sucedido anteriormente en Chiloé y Valparaíso. Debieron ser llenadas las vacantes con voluntarios tomados de las tropas del Virreynato. Similar problema iba a producirse más tarde, al tocar en México y Filipinas.

Sus vinculaciones con gentes importantes de Lima no se limitaron al grupo de los integrantes de la Sociedad Amantes de Lima, a saber, don Hipólito Unanue, el padre Tomás Méndez y Lachica y don José Baquíjano y Carrillo, quienes ya planeaban, en esos meses de 1790, editar el periódico *Mercurio Peruano*, que aparecería en enero de 1791, después de la partida de la expedición. Pero sí pudieron tener contacto con Bausate y Mesa y su periódico, el *Diario de Lima*. Por supuesto, estuvieron muy en contacto con la persona del virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos, llegado a Lima poco antes que Malaspina y su equipo. Era Taboada y Lemos un virrey «ilustrado», distinguido marino de alta graduación, que tuvo motivos para sentirse muy afín a las tareas de los miembros de la expedición, a quienes colmó de atenciones y brindó facilidades, como las que había brindado al barón de Nordenflycht, para facilitar sus tareas y establecer su laboratorio mineralógico.

Especial amistad de colegas los unió al padre Francisco Romero, de la Congregación de la Buena Muerte y lector de Artes de la Universidad de

<sup>2</sup> Novo y Colson, Viaje científico y político de A. Malaspina, Madrid, Imp. de Abienzo, 1885.

San Marcos, y con fray Francisco González Laguna de la misma orden, corresponsal del Jardín Botánico de Madrid y vinculado a la expedición anterior de Ruiz y Pavón.

Quien parece haber tenido más contacto con diversas personalidades limeñas fue el cartógrafo y analista Felipe Bauzá, interesado sobre todo en lo referente a las condiciones socioeconómicas, a raíz de las repercusiones que tuvo la crisis general que atravesaba el país.

Fueron útiles para estos contactos, como se ha visto, los meses de junio, julio y agosto de 1791, en tanto que para Malaspina, Bauzá y los demás marinos de la expedición fueron dedicados a elaborar informes. No alcanzaron a disfrutarlos en Lima ni Haenke, ni Née, ni Antonio Pineda, los naturalistas, que se ausentaron como encargados de herborizar y anotar otros fenómenos de la naturaleza en el interior del país, en la zona andina, donde tomaron los caminos que comunicaban Lima con Tarma (por Huarochirí y otra zona andina del sur) y con Huánuco, después (por Canta y Pasco). Los dos primeros se reunieron en Huánuco y al parecer sólo alcanzaron (por Chinchao) las orillas del río Huallaga. Pero en realidad no tuvieron tiempo para más y parece un tanto ligero e inexacto el dato de que llegaron hasta el Marañón. El dato de la extensión del viaje de Haenke, Née y Pineda hasta el Marañón puede haber provenido de las anotaciones contenidas en unos dibujos de indígenas realizados por Haenke y hallados en los archivos de la expedición, en los cuales se indica la procedencia de los personajes retratados y su lugar de origen: Napo, Píscu (en el Ucayali), Pachitea (Huánuco), Yapurá (en los límites con Brasil), pero no el lugar donde fueron dibujados. Probablemente se trataba de indígenas provenientes de esas regiones que fueron encontrados en las inmediaciones de Huánuco, hasta donde sí llegaron los expedicionarios. Debe considerarse que su movilidad era a lomo de mula y que en realidad partieron sólo en el mes de junio, dado que en mayo Haenke tuvo que organizar las festividades populares en homenaje al Virrey recién llegado y coordinar la música, el canto y las danzas de los conjuntos indígenas que intervinieron lucidamente en los desfiles, según se desprende de una documentación descubierta hace poco en Praga<sup>3</sup>. Ya en el mes de agosto debieron reunirse todos en Lima para atender a los preparativos de la partida de las corbetas y al acondicionamiento de las cajas con muestras científicas de su extenso recorrido, que salieron rumbo a España en un velero común.

Es presumible que, en esta nueva escala, Malaspina tuviera contacto muy estrecho con su amigo don Cosme Bueno, nacido en España, pero establecido en el Perú desde 1730, que continuaba desempeñando el cargo de Cosmógrafo Mayor del Virreynato, perito y catedrático en ciencias

<sup>3</sup> «Memoria del Virrey F. Gil de Taboada y Lemos» en M.A. Fuentes, *Memorias de los Virreyes, Lima, 1859.*

naturales y físicas, matemático notable, autor de una geografía general del Perú, que en esos días acababa de ser editada, susceptible de ser consultada por los especialistas de la expedición. Por lo demás, Cosme Bueno había dejado ya muy buen recuerdo en los científicos Ruiz y Pavón, con quienes había alternado en Lima, hasta tres años antes de la llegada de Malaspina. Además, aquéllos le habían dedicado el género botánico *Cosmibuena*. Cuentan ellos que Bueno los había recibido «con sumo agrado», con «celo y actividad», definiéndolo como «hombre de raro entendimiento y mucho saber». Eso mismo podrían haber refrendado sus amigos y colegas de la expedición Malaspina.

Es presumible además que Malaspina y sus colaboradores hubiesen tenido contacto con otro científico de la Orden de la Buena Muerte, el padre Isidoro Celis, autor de un tratado publicado en 1787 sobre filosofía, en el que difundía los principios de Newton y que enriqueció la bibliografía científica de la época.

El 20 de septiembre de 1790 se puso término a la escala en la capital del Perú, después de casi cuatro meses de intensa actividad. Las corbetas se hicieron a la mar y tomaron rumbo al norte, siguiendo las costas del Perú hasta Panamá y luego a México. Esta vez Malaspina no llegó a utilizar su anterior derrota por el centro del Pacífico, dadas las exigencias del plan de la expedición, que incluían prolongada estada en México. Fue esta vez un lento recalar de estudio y de investigación en México, Filipinas, China y la Melanesia, que había de ocupar los años 1791, 1792 y 1793.

## La tercera escala (del 31 de julio al 16 de octubre de 1793)

Inicialmente los planes de la expedición habían señalado el regreso a España por el Cabo de Buena Esperanza. Pero circunstancias políticas, derivadas de la declaración de guerra contra Francia y su revolución liberal, decidieron que el regreso se hiciera por la ruta del Pacífico hacia América del Sur y el Atlántico.

Desde las islas Vavao o Tonga en el Mar del Sur, Malaspina impuso el regreso poniendo el rumbo directo por en medio del océano hacia el Perú. Era la ruta ideada por él por su brevedad apacible, que ahora le tocaba recorrer de Poniente a Levante. En tres meses de navegación pudo tocar la costa sudamericana y fondear nuevamente (por tercera vez) en el puerto del Callao.

Supo a sorpresa para los limeños la noticia de que los barcos de la expedición largaban anclas nuevamente en el Callao. Había transcurrido